



TUDO MÍO, TUDO TUYO

Carol Leons

Resumen

El O'Flaherty es un bar-pub gay, propiedad de Issi y Alan.

Mark, un escrito en ciernes, va al local para aprender más cosas sobre el mundo nocturno gay, y con suerte encontrar a alguien especial.

Morgan, portero del bar, es asediado cada noche por interesados "pretendientes", pero su corazón anhela algo más en su rutinaria vida.

Será éste el lugar de encuentro, donde sus corazones hallarán por fin la respuesta?



1

Entrando en tierra desconocida

Todo comenzó esa noche de luna llena.

Ahí estaba yo, frente al primer bar gay que había pisado en mi vida. Lo había encontrado en las páginas amarillas, navegando por la red. Patético, sí, pero efectivo para alguien que no tenía ninguna experiencia previa con hombres. Sabía que no estaba vestido con ropa adecuada a la ocasión, y lo más probable era que nadie se fijara en mí, ya que mi gran atractivo no se encontraba en los terrenos físicos, sino más bien en los intelectuales. Pero tenía que romper el hielo y vencer mi timidez de una vez por todas.

Pero en cuanto vi el edificio, me quedé muy impresionado. Era una estructura antigua que había sido modernizada, pero conservaba su clásica belleza irlandesa. Siempre me ha fascinado esa cultura, sobre todo la magia que encierran sus orígenes celtas. Me había mudado hacía poco al barrio más pobre de la ciudad, después de quedarme sin empleo debido a la crisis, pero tenía algo de dinero ahorrado. Bueno, para un escritor en ciernes, toda oportunidad es buena para buscar inspiración. Además, después de muchos años de ignorar a mis sentimientos, por fin había aceptado mi bisexualidad como algo natural. Había salido con chicas por años, pero también me sentía atraído por los de mi propio género, y eso era algo confuso para mí. Después de dejar la casa de mis padres y viajar al continente de mis abuelos para encontrar una nueva vida, me había permitido a mí mismo abrir la puerta a todas las posibilidades. Por suerte para mi alma de artista, el edificio donde estaba el local había resultado tener una belleza que logró sobrecogerme. Si no conseguía conocer a nadie esa noche, al menos me iría con un hermoso recuerdo de la antigua fachada clásica.

Estuve mirando unos minutos el ir y venir de la gente, hasta que decidí entrar. En la puerta

se hallaba un chico alto y fornido, vestido de negro y con expresión de pocos amigos. No había ido a muchos bares o discotecas mientras estudiaba (nunca se me había dado bien la “vida nocturna”) aunque había oído cosas de mis compañeros en la universidad: los porteros nunca te dejaban entrar con tenis y ropa informal. Aunque no usaba zapatillas deportivas (odiaba que terminaran oliendo mal) llevaba unos zapatos bastante informales y ropa normal, pero esperaba que al ser un bar- pub, el código de vestuario no fuese un impedimento para entrar. Al aproximarme, pude ver de cerca el rostro del portero. Tenía un gesto serio, pero sus ojos no me hablaban de crueldad o maledicencia. No creí que debido a mi bajo tamaño y escasa musculatura, en comparación a la suya, me cogiera por el cuello del abrigo y me tirase a un lado del camino entre insultos, nada más verme. Es más, su rostro gritaba un claro: “ Éste es mi trabajo. No cruces la línea”, supuse que bastante necesario, puesto que era un chico muy guapo. Seguro que recibiría invitaciones para “fiestas de pijamas” cada noche. Un chico así, lo tenía muy fácil a la hora de encontrar compañía. Nada más empezar a sentir envidia y cierta curiosidad por él, una pareja salió del local, trayendo con ellos el ruido de la música, el olor a humo y alcohol.

-Adiós, dulzura. Cuando quieras podemos quedar para “charlar” un rato... Los tres- le dijo en tono cómplice, un rubio de sonrisa bella y pícara, apretando los dedos de su amigo. El chico de la puerta apenas hizo gesto alguno, ni siquiera le miró, pero su indiferencia lejos de apagarle, pareció dar ánimos al rubio adonis quien volvió a reír. Mientras se alejaban, le oí suspirar quedamente.

-Buenas noches- le saludé con suavidad, viendo como se sobresaltaba. Me había acercado hacía un rato, pero como estaba entre las sombras, no me había visto. Eso me hizo sonreír. Sus ojos parecían enormes por la sorpresa- Me gustaría entrar. Es la primera vez que vengo- expliqué, más por la necesidad de derrotar a mis nervios con una buena dosis de cortesía, que por otra cosa. Me miró por unos segundos sin hablar. Luego pestañeó como si recordara.

-Los menores no pueden entrar. Tienes alguna identificación?- Sonreí por dentro. Lo sabía, siempre me confundían con alguien de menos edad. No me importaba, estaba acostumbrado. Saqué la billetera y le di mi tarjeta de identificación. Llevaba ocho años viviendo en ese país, desde los 24. Parecía que el tiempo volaba, llevándose mi juventud. El chico miró la tarjeta, frunciendo ligeramente el ceño y luego mirando en mi dirección. No pude evitar una sonrisa.

-Me siento halagado. Qué lo consideren a uno menor, cuando está cada día más cerca de los 40, es todo un honor- le vi esconder una sonrisa.

-Pasa- me dijo, estirando la tarjeta de regreso.

-Gracias. Y que tengas una buena jornada- me despedí, tan nervioso como estaba, ahora que iba a entrar en el mundo del amor adulto entre hombres. Me miró frunciendo un poco el ceño. Abrí la puerta y lo primero que me golpeó fue el ruido. Música que parecía vibrar en todo, suelo, paredes, en mi cuerpo, flotando en la penumbra, haciendo eco con los latidos de mi corazón, ahogando todas las voces. Me sentí un poco confuso porque esperaba un ambiente más iluminado, más apto para la charla, pero entendí que esto era lo correcto, un ambiente para moverse en busca de una presa de una sola noche, enmascarado por el ruido, el humo, y el perfume de la libido. Sentí que no era mi ambiente, sabía que no iba a serlo, pero quería probar, necesitaba salir de mis espacios seguros y conocer cosas distintas. Me acerqué a la barra, notando que unos focos iluminaban de manera indirecta al chico que servía. Otra belleza, pero esta vez más afeminada, distinto del chico masculino y fornido de la puerta. Se movía como un cisne en su elemento, recogiendo vasos, llenando copas, recolocando las botellas, parecía como si se moviera al ritmo de la música. Llevaba ropa ajustada y que dejaba muy poco a la imaginación. Y unos locos pelos de tonos violetas y rojos, que en su piel pálida y con algunos piercings, le sentaban estupendamente. Yo me hubiese visto como un payaso de circo sin ninguna duda con su aspecto. Pensé en el portero. Llevaba el cabello negro y largo atado a la espalda, ningún adorno en su cara o en su cuerpo, solo su masculina belleza natural. Yo carecía de la gracia del chico en la barra y de la masculinidad del de la puerta ¿Estaría bien estar aquí? Quizás el mundo gay no era para mí...

-Qué te pongo, cariño?- me preguntó el bello chico. Sus palabras me sobresaltaron, no porque no las esperara, sino por el inesperado “cariño”. Era la primera vez que un hombre me llamaba así.

-Un refresco, por favor- dije con el corazón aún sobresaltado. Con floridos movimientos, me sirvió en un vaso con hielo el contenido de una botella pequeña.

-Son 6 con 50- busqué en mi billetera el precio exacto, calculando mentalmente que por ese precio podría comprar un paquete de cervezas de las más baratas en el súper. Pero no estaba allí esa noche para ser tacaño, sino para aprender. Y tampoco quería tomar algo más fuerte que un refresco. Si iba a ser mi primera experiencia en el mundo gay, quería estar sobrio,

aunque estuviese aterrado.

Aferré mi bebida y me di la vuelta, contemplando el paisaje. Un grupo de cuerpos se apiñaban en la pista al son de la música, y pude reconocer algunos que se movía muy juntos, rozándose unos a otros en una danza erótica. Me sorprendió pero no me disgustó. Siempre he amado la música, y el amor, ya sea entre gente heterosexual u homosexual, si está bien expresado no me parece incorrecto. Mi mente de escritor tomó nota de lo que veía para futuras referencias. Sí, siempre había deseado escribir algún relato homoerótico con ambiente de bares, música y alcohol, y esa era otra razón para estar allí esa noche. De pronto, entre el ruido de la música y los bailarines, una luz me atrajo. Hacia la derecha y cerca del techo, había una pequeña ventana de cristales coloreados, como los vitrales de una iglesia. Miré al rededor de los otros muros buscando más, pero era la única. La luz de la luna llena entraba a través de ella, coloreando suavemente la pulida madera del suelo. La música se apagó de repente y todo se sostuvo en aquella luz. Hacía algunos años, apenas recién llegado al viejo continente, había viajado por distintos países para conocer un poco más de Europa. En París, me había enamorado del ^oSacre Coeur, una blanca basílica en lo alto de una colina, cuya mayor belleza son los antiguos vitrales por donde la luz entra a todas horas del día, dibujando sombras coloridas en los blancos y pulidos pilares de mármol que la sostienen. Y allí, en medio del bullicio agitado de cuerpos sudorosos de calor y deseo, esa simple, pura luz de prismas, llenó mi corazón de una sagrada reverencia.

-Hey, mira donde te pones- me dijo una voz extraña y brusca, chocando un cuerpo contra mí. No me había dado cuenta de que me había acercado a mirar la ventana, poniéndome en el camino de los que iban al servicio. Una esquina un poco más allá me trajo el atisbo de cuerpos apretujados entre las sombras, y sonidos de besos y gemidos apagados por la música.

-Lo siento- susurré al desconocido, sabiendo que no me oiría y no le importaría. Cuando se alejó, miré de nuevo los colores que traspasaban la espesa oscuridad anidando en mi corazón, y una pena mortal cayó sobre mí- Qué estás haciendo aquí, Mark Evans? Éste no es tu lugar- me dijo la voz en mi mente que añoraba paisajes antiguos, bosques silenciosos y capillas derruidas en medio de claros bañados por la luna, donde pudiese refugiar mis pensamientos e inquietudes. No un bar, no música, ni ruido, ni cuerpos desconocidos y sudorosos de sexo rápido y anónimo. No aquí, no ahora, ni en esta época. Mi corazón pertenecía a las eras más inocentes, cuando aún quedaban bosques en los que caminar por la

noche, sin temor a que te atropellara un coche derrapado o que te matara un loco por un par de billetes. Mi anhelo de conocer, de comprender, de adaptarme al mundo real en el que vivía, siempre terminaba chocando contra mis sueños. Y despertar era doloroso- Este mundo no es para ti, Mark. Vuelve a tus cuatro paredes, a tus escritos, a tus sueños, donde estás a salvo del mundo y de la realidad...

La gente del mundo real no se enamoraba de la luz de luna, atrapada entre los colores de una ventana en un bar. Miré el vaso vacío. No encontraría respuestas en los cubitos de hielo. Volví la vista a la barra y vi al chico de la puerta atendiendo allí. No me atreví a acercarme, pero le observé a la distancia. Manejaba las cosas con soltura, pero sin la gracia del otro. Sonreí. Verle limpiar vasos con cuidado y pasar el paño sobre la madera de forma suave y diligente, era un evidente contraste con su porte tan masculino e intimidante, pero de alguna manera me pareció encantador. E inesperadamente me tranquilizó.

-Hey, Quieres que nos conozcamos mejor? He visto que me sonreías y he pensado, Porque no? Si quieres pasar un buen rato, podemos ir a un lugar más tranquilo- oí una voz a mi espalda. Me giré, notando el cuerpo de un chico cerca de mí, apoyado en el muro. No podía verle muy bien el rostro, pero sí el pulgar que apuntaba al baño. Dijo que le había sonreído? Cuándo?

-Ehhh, lo siento, pero... No estoy interesado- intenté sonar firme, pero educado. Tan alto como era, me podía mandar al suelo de un manotazo.

-En fin, tú te lo pierdes- dijo antes de marcharse por otra presa fácil. Sentí que mi mano temblaba un poco, con el vaso tan apretado que me dolían los dedos. Entonces, las cosas eran así?

-Claro idiota, Qué esperabas? Bombones y rosas?- me recriminó mi demonio interior. Ya sabía la respuesta. Miré por última vez la hermosa luz que se filtraba por el coloreado cristal, pero sin sonreír, no quería más malos entendidos. La tristeza me golpeó una vez más, pero al mismo tiempo la resolución. Me volví y acerqué a la barra con paso firme. Al dejar el vaso, vi al chico cisne en animada conversación con un cliente. Así que el otro estaba en la puerta.

-Gracias- susurré al alejarme en dirección a la salida. Al abrir, me golpeó el aire frío y sentí que refrescaba mi piel y mis pensamientos. El silencio, en contraste al ruido interior, hizo que me dolieran los tímpanos. El chico de negro estaba allí, en su postura de estatua guardiana. No se giró tampoco cuando la puerta volvió a abrirse. Me hice a un lado, para

dejar pasar a una pareja que no paraba de besarse. Me acerqué con cuidado, poniéndome al lado del chico, mientras los miraba alejarse entre arrumacos. No quería que se asustara de mi presencia otra vez.

-Con tanto ruido, el silencio resulta un poco doloroso- le dije en voz baja, consciente de lo algodónosa que sonaba mi voz en mis propios oídos. Creí que no me había escuchado, pero tras unos segundos, asintió en mudo gesto. Volví el rostro y le miré de frente. Sus ojos se encontraron con los míos, y a pesar de la escasa luz que iluminaba la puerta, pude ver que eran de un gris brillante. No pude evitar sonreír. Eran hermosos y solemnes, llenos de ricas emociones. Había esperado encontrar frialdad o vacío en ellos, y eso me alentó - Me marcho ya. Buenas noches. Y que regreses a salvo a casa- Me despedí, alejándome con el corazón por lo menos un poco más entero. Ser gay no significaba ser del todo un ser frío y carente de emociones, o ser solo un demonio del sexo, no tenía porque ser así. Al alejarme por el camino, volví la vista y miré la luna asomándose redonda y hermosa sobre el techo del local, un enorme botón de plata brillando contra el cielo oscuro. Mis ojos volvieron hacia él, una sombra firme contra la luz oscilante de la puerta que se abría y cerraba, y me pareció que por un momento me devolvía la mirada. Quizás lo imaginé, pero me pareció ver que luego miraba el cielo a su espalda. Sonreí, pensando que esa noche no solo yo disfrutaría de la luna llena.



2

Decisiones valientes para cobardes

He dicho antes que vivía en el barrio más pobre. En realidad, era en una zona no muy bien cuidada de la ciudad, llena de casas viejas y calles maltrechas. Alquilaba un estudio en el segundo piso de un bloque de apartamentos, propiedad de un militar ya viejo que también vivía allí. El señor Robert era un hombre escuálido, todo tendones y huesos, con la mirada severa de un director de colegio y la lengua mordaz de un bucanero, cuando las cosas no iban como él quería. Conmigo nunca había sido grosero, pero no podía evitar oírle blasfemar, alguna vez que regañaba a un inquilino. El estudio era una habitación de unos siete metros y medio, con una cocina en la esquina y un baño diminuto al final. Una cama pequeña, un armario, un par de sillas y una mesa plegable era todo el mobiliario que podía entrar. Ah, y muchas cucarachas. Todas las chicas de seis patas de la ciudad se daban cita allí. Bueno, es una exageración. Yo intentaba mantener todo lo limpio que podía, no dejando nada tentador a su alcance, hasta que al final terminé comprando un insecticida, aunque me daba lástima tener que matarlas. Yo llevaba solo unos meses allí y ellas generaciones, no era muy justo. El señor Robert por supuesto, se desentendía de ellas; él se conformaba con que se cumplieran las normas de moral, higiene y respeto a la propiedad, ah y por supuesto el pago sin retrasos de la renta. A veces le veía por la mañana, renquear aferrado a su bastón, vigilando su propiedad y a sus inquilinos, saludándome con un seco gesto de cabeza. No me caía mal, pero no quería tenerlo de enemigo.

Esa era mi vida, mayormente en la cama hasta tarde ahora que no trabajaba, o escribiendo a veces en mi portátil, o navegando por la línea gratuita de internet que había atrapado de la biblioteca. Mis días pasaban lentos y a mi pesar, infructuosos. Los domingos chateaba con mi familia y eso me animaba, pero quería algo más. Luego de visitar el bar, me puse a navegar buscando más información sobre la estructura del edificio que me había llamado la

atención. Para mi sorpresa, descubrí que era un edificio de principios de siglo y había sido construido como ⁽²⁾iglesia metodista, pero tras la primera guerra, había sido vendido al banco en pago de algunas deudas. Y ahora era un bar para gente gay. Qué ironía, si los metodistas de aquella época lo hubiesen sabido, habrían echado sal y agua bendita por todos los rincones. Eso me trajo a la memoria la luz de la luna atrapada en la ventana y mi idea de escribir una historia de erotismo gay ambientada en un bar. Bueno, ya tenía el bar y éste tenía su propia historia. Me costó unas cuantas noches sin sueño forjar una idea loca, pero al mismo tiempo necesaria. Tenía que intentarlo, Qué podía perder? Lo peor que podían decirme era no, y estaba seguro de que lo harían, pero me recordé que quien no arriesga no gana, y ya había pasado meses atrapado allí a solas con mis pensamientos. Tenía que luchar por mi sueño. Si yo no lo hacía, Quién lo haría por mí?

Esa tarde, me acerqué por el camino con el corazón galopando de latidos. Había visto que el horario de apertura era de 9 de la noche a 3 de la mañana, martes de 10 a 2 y cerrados los miércoles. Supuse que el personal estaría unas horas antes, para encargarse de la limpieza y otros asuntos antes de abrir. Eran las 7 cuando llegué a la puerta. El frente estaba cerrado, pero podía oír ruido por la parte de atrás. Me dirigí allí, con la esperanza atrapada en mis puños apretados, seguro de un rechazo, pero listo para luchar o morir en el intento. Al acercarme, pude ver la espalda ancha y firme, los hombros rectos, y la larga y negra coleta del chico de la puerta. Llevaba una camiseta de algodón blanca y unos pantalones vaqueros azules, telas que se movían y pegaban a su cuerpo, mientras cargaba cajas con botellines cerrados al interior. Me acerqué a la puerta y esperé a que regresara.

-Buenas tardes- saludé cuando apareció, sobresaltándose un instante, con sus ojos grises abiertos como si hubiera visto un fantasma- No quiero molestar. Mi nombre es Mark Evans. Estuve aquí hace unas cuantas noches- estiré la mano para saludarle y la estreché en silencio. Claro que no me recordaba, pero quería ser educado- La verdad es que me gustaría hablar con el propietario. Crees que sería posible?

Su mano grande y cálida había sido cuidadosa al aferrar la mía, acostumbrado supuse a tocar cosas pequeñas. Me soltó y me miró frunciendo un poco el ceño.

-Por qué razón?- su voz grave y masculina, llena de matices cálidos me sacudió. Como había pensado, no parecía ser una persona fría y superficial. Desde que vivía solo, había aprendido a fiarme de mi instinto, que solía susurrarme cuando debía alejarme de alguien o

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

